

Vientre á tierra, rienda suelta, pistola en mano, sable en los dientes, tal fué su ataque.

Hay momentos en las batallas en que el alma endurece al hombre hasta cambiar al soldado en estatua, y en que parece que toda la carne se convierte en granito. Furiosamente acometidos, los batallones ingleses no se movieron.

Entónces la liza se hizo espantosa.

Todas las fases de los cuadros ingleses fueron atacadas á la vez, viéndose envueltos en un remolino frenético. Aquella friática infantería permaneció impassible. Rodilla en tierra, la primera fila recibía á los coraceros en las puntas de las bayonetas, la segunda fila los fusilaba; detras de la segunda fila, los artilleros cargaban las piezas, abriase el fondo del cuadro, daba paso á una erupcion de metralla, y volvía á cerrarse despues. Los coraceros respondian haciendo inmenso destrozo. Sus grandes caballos se encabritaban, saltaban por encima de las filas, atavesábanlos las bayonetas y caian, gigantescos, en medio de aquellas cuatro paredes vivientes. Las balas de cañon hacían boquetes en los coraceros, los coraceros abrian brechas en los cuadros. Hileras de hombres desaparecian trituradas por los caballos. Las bayonetas se hundian en los vientres de aquellos centauros. De aquí una deformidad de heridas como tal vez no se ha visto en ninguna otra ocasion. Roidos por aquella caballería enfurecida, los cuadros se estrechaban sin tropezar. Inagotables en metralla, hacian explosion en medio de los acometedores. El aspecto de aquel combate era monstruoso. Aquellos cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; aquellos coraceros no eran ya una caballería, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcan atacado por una nube; la lava combatiendo al rayo.

El cuadro de la extrema derecha, el más expuesto de todos, por estar en el aire, fué casi aniquilado desde los primeros choques. Formábale el 75.º regimiento de highlan-

ders. El tocador de gaita en el centro, miéntras que se exterminaban en derredor suyo, bajando con una inatencion profunda sus ojos melancólicos llenos del reflejo de las selvas y de los lagos, sentado sobre un tambor, con su píbola bajo el brazo, tocaba en su cornamusa las sonatas de las montañas. Aquellos escoceses morian pensando en el Ben Lothian, como los griegos acordándose de Árgos. El sable de un coracero, destruyendo la píbola y el brazo que la conducia, hizo cesar el canto matando al cantor.

Los coraceros, relativamente poco numerosos, minorados por la catástrofe del barranco, tenian allí contra ellos casi todo el ejército inglés; pero ellos se multiplicaban, cada hombre valia por diez. Entre tanto, algunos batallones hannoverianos se doblegaron. Wellington lo notó, y pensó en su caballería. Si Napoleon hubiera pensado entónces en su infantería, habria ganado la batalla. Este olvido fué su falta capital, y fatal en aquella jornada.

De improviso los coraceros, de acometedores, sintieronse acometidos. Tenian á la espalda la caballería inglesa. Delante de ellos los cuadros, detras de ellos Somerset; Somerset eran los mil cuatrocientos dragones de la guardia. Somerset tenia á su derecha á Dörnberg con la caballería ligera alemana, y á su izquierda á Trip, con los carabineros belgas; atacados de flanco y de frente, por delante y á retaguardia, los coraceros tuvieron que hacer rostro firme por todos lados. ¿ Pero qué les importaba á ellos, que eran un torbellino? Su bravura llegó á ser inexplicable.

Tenian ademas detras de ellos la batería siempre tonante. Era preciso esto para que aquellos hombres fuesen heridos en la espalda. Una de sus corazas, agujereada en el omoplato izquierdo por una vizecaína, se halla en la coleccion del museo de Waterloo.

Para tales franceses, bien se necesitaban tales ingleses. Ya no fué aquello una lid, fué una sombra, una furia. un



vertiginoso arrebató de almas y de bravuras, un huracán de espadas-relámpagos. En un instante, los mil cuatrocientos dragones-guardias no eran ya más que ochocientos; Fuller, su teniente coronel, cayó muerto. Ney acudió allí con los lanceros y los cazadores de Lefebvre-Desnouettes. La meseta de Mont-Saint-Jean fué tomada, recobrada y vuelta á tomar de nuevo. Los coraceros dejaban á la caballería para volverse contra la infantería, ó por mejor decir, toda aquella formidable baraunda se asia entre sí sin que el uno soltase al otro. Los cuadros se sostenían siempre. Hubo doce asaltos. Ney tuvo cuatro caballos muertos mientras que él los montaba. La mitad de los coraceros quedó en la meseta. Aquella encarnizada liza duró dos horas.

El ejército inglés quedó profundamente debilitado. Es indudable que si ellos no hubieran sido menoscabados por el desastre del camino-barranco, los coraceros habrían volcado al centro y decidido la victoria. Aquella caballería extraordinaria petrificó á Clinton, que habia visto ya á Badajoz y á Talavera. Wellington, vencido en las tres cuartas partes, admiraba heroicamente, diciendo á media voz: ¡*Splendid!*

Los coraceros aniquilaron siete cuadros de los trece, tomaron y clavaron sesenta piezas de artillería, y arrebataron á los regimientos ingleses seis banderas, que tres coraceros y tres cazadores de la guardia fueron á presentar al emperador delante de la granja de la Belle-Alliance.

La situación de Wellington habia empeorado. Esta extraña batalla fué como un duelo entre dos heridos encarnizados, cada uno de los cuales, por su parte, luchando y resistiendo sin cesar, pierde toda su sangre. ¿Cuál de los dos caerá el primero?

La lucha de la meseta continuaba.

¿Hasta dónde llegaron los coraceros? nadie puede decirlo. Lo que no admite duda es que, al otro día de la batalla, un coracero y su caballo fueron hallados muertos

en el maderámen de la gran balanza destinada á pesar los carruajes en Mont-Saint-Jean, en el sitio mismo en que se encuentran y se cortan en encrucijada las cuatro rutas de Nivelles, de Genappe, de La Hulpe y de Bruselas. Aquel jinete habia roto con su caballo las líneas inglesas. Uno de los hombres que recogieron aquel cadáver vive aún en Mont-Saint-Jean. Llámase Debaze. Entonces tenía diez y ocho años.

Wellington se sentía declinar. La crisis estaba ya próxima.

Los coraceros no habian logrado su objeto, puesto que el centro no estaba desalojado: y ocupando todos la meseta, nadie la poseía; por lo demás, la mayor parte de ella quedaba por los ingleses. Wellington tenía el pueblo y llanura culminante; Ney no ocupaba sino la cresta y la pendiente. Por ambas partes parecían radicados en aquel suelo fúnebre.

Pero el desfallecimiento de los ingleses parecia irremediable. La hemorragia de aquel ejército era horrible. Kemp, en el ala derecha, clamaba por refuerzos. — *¡No hay!*, respondía Wellington, *que se haga matar!* — Casi en el mismo instante, singular paralelo que prueba el abatimiento de ambos ejércitos, Ney pedía infantería á Napoleon, y Napoleon exclamaba: *¡Infantería! ¿de dónde quiere que la tome? ¿Quiere que yo la fabrique?*

Sin embargo, el ejército inglés era el más enfermo. Los furiosos empujes de aquellos grandes escuadrones con corrazas de hierro y pechos de acero habian triturado la infantería. Algunos hombres rodeando una bandera marcaban el puesto de un regimiento; tal batallón no se hallaba mandado sino por un capitán ó por un teniente; la división Alten, tan maltratada ya en la Haie-Sainte, estaba casi destruida; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluzé cubrían los centenos á lo largo del camino de Ni-



velles; casi nada quedaba de aquellos granaderos holandeses que, en 1811, mezclados en España á nuestras filas, combatían á Wellington, y que, en 1815, unidos con los ingleses, combatían á Napoleón. La pérdida en oficiales era considerable. Lord Uxbridge, que al día siguiente hizo enterrar su pierna, tenía quebrada la rodilla. Si, por parte de los franceses, en la lucha de los coraceros, Delord, l'Héritier, Colbert, Drop, Travers y Blancard, estaban fuera de combate; por parte de los ingleses, Alten se hallaba herido, Barne herido también, Delancey había muerto, Van Meeren muerto, Ompteda muerto, todo el estado mayor de Wellington se hallaba diezmado, y la Inglaterra tenía la peor parte en aquel sangriento equilibrio. El 2.º regimiento de los guardias á pié había perdido cincuenta tenientes-coroneles, cuatro capitanes y tres abanderados; el primer batallón del 30.º de infantería había perdido veinte y cuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79.º de montañeses tenía veinte y cuatro oficiales heridos, diez y ocho oficiales muertos, y cuatrocientos cincuenta soldados muertos. Los húsares hannoverianos de Cumberland, un regimiento entero, á cuya cabeza iba su coronel Hacke, quien debía ser después juzgado y degradado, habían vuelto grupa y huido al bosque de Soignes, pregonando la derrota hasta Brusélas. Los carros, las prolongas, los bagajes, los furgones, llenos de heridos, viendo á los franceses ganar terreno y aproximarse al bosque, se precipitaban allí; los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡Alarma! Desde Vert-Coucou hasta Groenedael, en una longitud de cerca de dos leguas en la dirección de Brusélas, había, según aseguran testigos que aún existen, un inmenso tropel de fugitivos. Este pánico fué tal, que hasta alcanzó él y afectó al príncipe de Condé en Malinas, y á Luis XVIII en Gante. Excepto la débil reserva escalonada detrás del hospital de sangre establecido en la

granja de Mont-Saint-Jean y las brigadas Vivian y Vandeleur, que flanqueaban el ala izquierda, Wellington no tenía ya caballería. Numerosas baterías yacían por tierra desmontadas. Estos hechos los confiesa Siborne; y Pringle, exagerando el desastre, va hasta decir que el ejército anglo-holandés quedó reducido á treinta y cuatro mil hombres. El duque de Hierro permanecía sereno, pero sus labios se pusieron cárdenos. El comisario austriaco Vincent y el comisario español Álava, que presenciaron la batalla en el estado mayor inglés, creían al duque perdido. Á las cinco, sacó Wellington su reloj, y le oyeron murmurar esta palabra sombría: ¡Blücher, ó la noche!

En este momento fué cuando una línea lejana de bayonetas se vió brillar sobre las alturas por el lado de Frischemont.

Aquí está la peripecia de este drama gigante,



## MAL GUÍA PARA NAPOLEON, BUEN GUÍA PARA BULOW

Conocido es el triste chasco de Napoleon : Grouchy esperado, Blücher llegado; la muerte en vez de la vida.

Vueltas de este género suele tenerlas el destino; esperaba el trono del mundo, y se encuentra con Santa-Elena. Si el pastorcito que servia de guía à Bulow, teniente de Blücher, le hubiera aconsejado desembocar del bosque encima de Frischemont más bien que debajo de Plancenoit, la forma del siglo diez y nueve habria sido tal vez diferente. Napoleon habria ganado la batalla de Waterloo. Por cualquiera otro camino que por bajo de Plancenoit, el ejército prusiano tocaba á un barranco imposible de atravesar por la artillería, y Bulow no habria llegado á tiempo.

Ahora bien, una hora de retraso, el general prusiano Muffling es quien lo declara, y Blücher no habria ya llamado á Wellington de pié; « la batalla estaba perdida. »

Segun se ve, ya era tiempo de que llegase Bulow. Por lo demas, este se hallaba en grande retraso. Habia vivaqueado en Dion-le-Mont y habia salido desde el amanecer. Pero los caminos estaban intransitables y sus divisiones se habian atascado en los lodos. Los lodazales llegaban hasta los cubos de las cureñas. Ademas, habria sido menester pasar el Idyle por el estrecho puente de Wavre; la calle que conduce al puente habia sido incendiada por los franceses; los cajones y los furgones de la artillería, no pudiendo pasar entre dos hileras de casas ardiendo, habian tenido que esperar á que apagaran el fuego. Las doce del día eran ya y la vanguardia de Bulow no habia podido aún llegar á Chapelle-Saint-Lambert.

Si la accion hubiera empezado dos horas ántes, habria concluido á las cuatro y Blücher habria llegado cuando la batalla estaria ya ganada por Napoleon. Tales son esas inmensas casualidades, proporcionadas á un infinito que se sustrae á nuestro conocimiento.

Desde las doce del día, el emperador fué el primero que, con su anteojo de larga vista, percibió en el lejano horizonte algo que fijó su atencion, y dijo: — Distingo allá lejos una nube que me parece señal de tropas. En seguida preguntó al duque de Dalmacia: — ¿Soult, qué es lo que usted ve hácia Chapelle-Saint-Lambert? — El mariscal, encarando su anteojo, respondió: — Cuatro ó cinco mil hombres, sire. Evidentemente es Grouchy. Entretanto, aquello permanecia inmóvil en la bruma. Todas las lunetas del estado mayor habian estudiado « la nube » señalada por el emperador. Algunos habian dicho: Son columnas que hacen alto. La mayor parte de los que miraban decian: Son árboles. Lo cierto es que la nube no se movia. El emperador destacó en reconocimiento hácia aquel punto oscuro la division de caballería ligera de Domon.

Bulow en efecto no se habia movido. Su vanguardia



era muy débil, y nada podía hacer. Debía él esperar el grueso del cuerpo de ejército y tenía orden de concentrarse ántes de entrar en línea; pero á las cinco, viendo el peligro de Wellington, Blücher ordenó á Bülow que atacase, y dijo esta palabra notable: « Es preciso dar aire al ejército inglés. »

Poco tiempo despues, las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Ryssel se desplegaban delante del cuerpo de Lobau; la caballería del príncipe Guillermo de Prusia desembocaba del bosque de París; Plancenoit estaba ardiendo; y las bombas prusianas empezaban á llover hasta en las filas de reserva detras de Napoleon

## XII

## LA GUARDIA

Lo demas es cosa sabida; la irrupcion de un tercer ejército, la batalla desconcertada, ochenta y seis bocas de fuego atronando de repente, Pirch 1.º apareciendo con Bülow, la caballería de Zieten conducida por Blücher en persona, los franceses rechazados. Marcognet aventado de la meseta de Ohain, Durutte desalojado de Papelotte, Donzelot y Quiot retrocediendo, Lobau acuchillado, una nueva batalla precipitándose al anochecer sobre nuestros demolidos regimientos, toda la línea inglesa recobrando la ofensiva y avanzando, una brecha gigantesca abierta en el ejército frances, la metralla inglesa y la metralla prusiana ayudándose recíprocamente, el exterminio, el desastre de frente, el desastre de flanco, la guardia entrando en línea bajo aquel desplomamiento espantoso. Conociendo que iba á morir, exclamó: ¡ Viva el em-



perador! Nada presenta la historia más conmovedor que aquella agonía prorumpiendo en aclamaciones.

El cielo había estado cubierto todo el día. De repente, en aquel mismo momento, á eso de las ocho de la tarde, separáronse las nubes del horizonte y dieron paso, al través de los ojos del camino de Nivelles, á los siniestros rayos rojos del sol poniente. ¡ En Austerlitz se había visto nacer!...

Para este desenlace, cada batallón de la guardia se hallaba mandado por un general. Allí estaban Friant, Michal, Roguet, Harlet, Mallet y Poret de Morvan. Cuando aparecieron las altas gorras de los granaderos de la guardia, con la gran placa del águila, simétricas, alineadas, tranquilas, en la bruma de aquella liza, el enemigo sintió el respeto de la Francia; creyó ver entrar veinte victorias con las alas desplegadas, en el campo de batalla, y juzgándose vencidos, los vencedores retrocedieron; pero Wellington gritó: *¡ Arriba, guardias, y buena puntería!* El regimiento rojo de los guardias ingleses, agachado detrás de los setos, se levantó inmediatamente, y una nube de metralla acribilló la bandera tricolor que se estremecía en derredor de nuestras águilas; todo se lanzó y entonces comenzó la carnicería suprema. La guardia imperial sintió en la sombra al ejército que se desbandaba en derredor de ella, con toda la inmensa conmoción de la derrota, oyó el ¡ sálvese quien pueda! que había ya reemplazado al ¡ viva el emperador! y con la fuga tras sí, continuó ella avanzando, cada vez más combatida por el plomo mortífero y alfombrando á cada paso el suelo con mayor número de cadáveres. No hubo allí vacilantes ni tímidos. En aquella tropa, tan héroe era el soldado como el general. Ni un solo hombre faltó al suicidio. Ney, desatinado, grande con toda la grandeza de la muerte aceptada, se ofrecía á todos los rayos de aquella tormenta. Allí cayó muerto debajo de él su quinto caballo de la jornada. Sudando todo él, con llamas en los

ojos, espuma en los labios, desabotonado el uniforme, una de sus charreteras medio cortada de un sablazo que le descargó un horseguro, abollada por una bala su placa de grande águila, ensangrentado, cubierto de lodo, magnífico, decía, blandiendo en sus manos una espada rota: *¡ Venid á ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!* Pero todo fué en vano; no murió. Estaba enfurecido, indignado. Á Drouet d'Erlon lanzaba esta pregunta: *¿ Es que tú no te harás matar?* Y gritaba en medio de toda aquella artillería que aniquilaba á un puñado de hombres: — *¡ Conque no habrá nada para mí!* *¡ Oh!* *¡ quisiera que todas esas bombas inglesas me entrasen en el vientre!* — *¡ Estabas reservado para las francesas, infeliz!*



### XIII

#### LA CATÁSTROFE

Detras de la guardia la derrota fué lúgubre. En todas partes á la vez cedió el ejército, en Hougomont, en la Haie-Sainte, en Papelotte, en Plancenoit. Al grito de: ¡Traicion! siguióse el de: ¡Sálvese quien pueda! Un ejército desbandado es un deshielo. Todo vacila, cede, se hiende, rueda, cae, choca, se apresura, se precipita. ¡Descomposicion inaudita! Ney se apodera de un caballo, monta en él, y sin sombrero, sin corbatin, sin espada, se instala en medio de la calzada de Brusélas, deteniendo á la vez á ingleses y á franceses. Procura contener al ejército, le llama, le insulta, se encarama sobre la derrota, quiere detener el curso de los sucesos; pero los sucesos pasan sobre él y le dejan atras. Los soldados se alejan de él gritando: ¡Viva el mariscal Ney! Dos regimientos de Durutte van y vienen azorados y como volteados por el

sable de los ulhans y la fusilería de las brigadas de Kempt, de Best, de Pack y de Rylandt; la peor de las lides es la derrota; los amigos se matan entre si para huir; los escuadrones y los batallones se dispersan y se rompen unos contra otros, formando esto como la enorme espuma de la batalla. En una extremidad Lobau, en la otra Reille se ven arrastrados por el oleaje. En vano Napoleon reconstruye murallas con los restos de la guardia; en vano emplea en un supremo y postrer esfuerzo sus escuadrones de servicio. Quiot recula ante Vivian, Kellermann ante Vandeleur, Lobau ante Bü'ow, Morand ante Pirch, Domon y Subervic ante el príncipe Guillermo de Prusia. Guyot, que ha conducido á la carga los escuadrones del emperador, cae bajo los piés de los dragones ingleses. Napoleon corre á galope á lo largo de las bandas de fugitivos, los arenga, los solicita, los amenaza, los suplica. Todas las bocas que por la mañana gritaban: Viva el emperador, permanecen ahora abiertas; apénas si el soldado conoce á su soberano. La caballería prusiana, venida de refresco, se lanza, vuela y acuchilla, taja, destroza, mata, extermina. Los trenes de la artillería se precipitan, los cañones desaparecen; los artilleros desenganchan los cajones y se apoderan de los caballos para escaparse; muchos furgones, volcados, con las cuatro ruedas al aire, obstruyen el camino, dando ocasion á mil desgracias que aumentan la mortandad. Se pisotean y se aplastan unos á otros, marchando sobre los muertos y sobre los vivos. Como las cabezas, los brazos todos están desatinados. Una muchedumbre vertiginosa llena los caminos, las sendas, los puentes, las llanuras, las colinas, los valles, los bosques, henchidos y atestados por aquella evasion de cuarenta mil hombres. Gritos, desesperacion, sacos y fusiles arrojados en los centenos, oficiales y soldados despavoridos abriéndose paso á estocadas



y á bayonetazos; no más camaradas, no más oficiales, no más generales, sino un espanto inexplicable. Zieten acuchillando á la Francia á su sabor. Los leones convertidos en corderos. Tal fué aquella fuga.

En Genappe, se trató de reponerse, de hacer frente, de poner á raya el triunfo. Lobau reunió trescientos hombres. Se atrincheraron á la entrada del pueblo, pero á la primera descarga de la metralla prusiana, todos volvieron á emprender la fuga, y Lobau cayó prisionero. Todavía se ve hoy esta metralla señalada en la vieja fachada de una casucha de ladrillo que se halla á la derecha del camino, pocos minutos ántes de entrar en Genappe. Los prusianos se avalanzaron á este pueblo, furiosos sin duda de verse vencedores á tan poca costa. La persecucion fué monstruosa.

Blücher ordenó el exterminio. Roguet había dado este lúgubre ejemplo de amenazar con la muerte á todo granadero francés que le trajera un prisionero prusiano. Blücher excedió aún á Roguet. El general de la guardia jóven, Duhesme, acosado á la puerta de una posada de Genappe, entregó su espada á un húsar de la muerte, el cual tomó la espada y mató al prisionero. La victoria concluyó por el asesinato de los vencidos. Castiguemos, puesto que somos la historia: el viejo Blücher se deshonró. Aquella ferocidad puso el colmo al desastre. La derrota desesperada atravesó á Genappe, atravesó á Quatre-Bras, atravesó á Sombrefe, atravesó á Frasnes, atravesó á Thuin, atravesó á Charleroi, y no se detuvo hasta que llegó á la frontera. ¡Ah! ¿y quién huyó de esta manera? ¡ nada menos que el grande ejército!

Aquel terror, aquel vértigo, aquella ruinosa catástrofe de la más alta bravura que haya asombrado jamás á la historia, todo esto, decimos, no reconocerá una causa. Sin duda. La sombra de una derecha enorme se proyecta

sobre Waterloo. Aquella fué la jornada del destino. Una fuerza superior á la del hombre combatió allí aquel día. De aquí el doblegarse todos, el bajar las cabezas asombradas; de aquí el rendir la espada todas aquellas grandes almas. Los que habían vencido á la Europa cayeron aterrados, no teniendo ya nada que decir ni que hacer, sintiendo en la sombra una presencia terrible. *Hoc erat in fatis*. Aquel día cambió la perspectiva del género humano. Waterloo es el gozne del siglo diez y nueve. La desaparicion del grande hombre era necesaria al advenimiento del gran siglo. Un sér á quien no se replica se encargó de ello. El pánico de los héroes se explica de ese modo. En la batalla de Waterloo hubo más que nubes; hubo meteoro. Dios pasó por allí.

Al anoecer, Bernard y Bertrand, yendo por un campo cerca de Genappe, cogieron por la falda de la levita y detuvieron á un hombre pensativo, furioso, siniestro, que, arrastrado hasta allí por la corriente de la derrota, acababa de apearse, y echándose al brazo la brida de su caballo, con la vista extraviada, se volvía solo hácia Waterloo. Era Napoleon, que aún probaba á marchar adelante, inmenso sonámbulo de aquel sueño desvanecido.



## EL ÚLTIMO CUADRO

Algunos cuadros de la guardia, inmóviles en medio de la borrasca de aquella espantable derrota, como las rocas en el agua que corre sobre ellas, se mantuvieron firmes hasta anoche. Llegada la noche, y con ella la muerte también, esperaron esta doble sombra, é, inmovibles, dejáronse envolver por ella. Aislado de los demás, y no teniendo ya lazo alguno que le uniera con el ejército, disuelto por todas partes, cada regimiento moría de su propia cuenta. Para llevar á cabo esta postrera resolución, habían escogido por estancias, unos las alturas de Rossomme, otros la llanura de Mont-Saint-Jean. Abandonados allí, vencidos, terribles, aquellos cuadros sombríos agonizaban de un modo formidable. Ulm, Wagram, Iéna, Friedland, morían con ellos.

Á la hora del crepúsculo, á eso de las nueve de la tarde, quedaba todavía uno en el pie de la meseta de Mont-Saint-

Jean. En aquel valle funesto, junto á aquella cuesta que subieron los coraceros, inundada ahora por las masas inglesas, bajo los fuegos convergentes de la artillería enemiga victoriosa, blanco de una formidable densidad de proyectiles, luchaba aún aquel cuadro, que mandaba un oscuro oficial llamado Cambronne. Á cada descarga, disminuía el cuadro, sin dejar de responder. Replicaba á la metralla con sus fuegos de fusilería, estrechando continuamente sus cuatro fases. Los fugitivos, deteniéndose por momentos á cobrar respiración, escuchaban de lejos en las tinieblas aquellos truenos sombríos que iban decreciendo sin cesar.

Cuando aquella legión no era ya más que un puñado de hombres ; cuando su bandera no fué sino un arambel ; cuando sus fusiles, careciendo de balas, no eran sino meros garrotes ; cuando el monton de cadáveres fué mayor que el grupo de los vivos, hubo entre los vencedores una especie de terror sagrado en presencia de aquellos moribundos sublimes, y la artillería inglesa, recobrando alientos, guardó silencio. Aquello fué una especie de tregua. Aquellos combatientes tenían en derredor suyo como un hormiguelo de espectros, de sombras, de hombres á caballo, los negros lineamentos de los cañones, la blancura del cielo vista al traves de las ruedas de las cureñas ; la colosal cabeza de muerto que los héroes perciben siempre entre el humo en el fondo de la batalla, avanzaba hácia ellos y los miraba. Entónces pudieron oír en la sombra crepuscular que cargaban las piezas ; las mechas encendidas semejantes á ojos de tigre vistos en la noche hicieron un círculo al rededor de sus cabezas ; todos los botafuegos de las baterías inglesas se aproximaron á los cañones, y entónces, compadecido, teniendo el instante supremo suspendido sobre las cabezas de aquellos hombres, un general inglés, Colville segun unos, Maitland segun otros, les gritó : ¡ Bravos franceses, rendiros ! Cambronne respondió : ¡ Mierda !



XV

CAMBRONNE

Como el lector quiere ser respetado, no se le puede repetir aquí la palabra más hermosa tal vez que un francés haya pronunciado jamás. Lo sublime está sin duda prohibido en la historia.

Por nuestra cuenta y riesgo, infringimos nosotros esta prohibición.

Así, pues, diremos que, entre aquellos gigantes, hubo un titan, Cambronne.

Nada más grande, en efecto, que decir esa palabra y morir en seguida ! pues la verdadera muerte consiste en querer morir, y si aquel hombre, ametrallado, ha sobrevivido, no es por culpa suya.

El que ganó la batalla de Waterloo no fué Napoleón derrotado ; no fué Wellington replegándose á las cuatro, desesperado á las cinco ; no fué Blücher, que no se batió ; el

hombre que ganó la batalla de Waterloo, fué Cambronne.

Fulminar semejante palabra contra el rayo que os mata es vencer.

Dar tal respuesta á la catástrofe ; decir eso al destino ; suministrar esa base al león futuro ; lanzar esa réplica á la lluvia de la noche, á la traidora pared de Hougomont, al horrible barranco de Ohain, al retraso de Grouchy, á la llegada de Blücher ; ser la ironía en el sepulcro ; hacer de modo que se quede de pié despues de haber caído ; ahogar en dos sílabas á la coalición europea ; ofrecer á los reyes esas letrinas conocidas ya por los Césares ; hacer de la última la primera de las palabras, sin empañar por eso el brillo de la Francia ; cerrar insolentemente el drama de Waterloo por un rasgo de carnaval ; completar á Leónidas por Rabelais ; resumir aquella victoria en una palabra suprema, imposible de pronunciar ; perder el terreno y ganar la historia ; y despues de aquella horrenda carnicería, contar con las risas de aprobación y aplauso del universo entero, es una cosa inmensa.

Es el insulto al trueno y á la tempestad. Esto raya en la grandeza eschyliana.

La palabra de Cambronne produce el efecto de una fractura. Es la fractura del pecho por el desden ; el exceso de agonía que hace explosion. ¿ Quién venció ? ¿ fué Wellington ? No. Sin Blücher estaba perdido. ¿ Fué Blücher ? No. Si Wellington no hubiera empezado, Blücher no habria podido concluir. Aquel Cambronne, aquel transeunte de la última hora, aquel soldado oscuro, aquel infinitamente pequeño de la guerra, comprende que allí hay una catástrofe basada en una mentira, punzante reduplicación ; y en el momento en que está él estallando de rabia, se le ofrece esta irrisión, la vida ! ¿ Cómo no saltar de iracundo enojol. Allí están todos ellos, los reyes de la Europa, los generales afortunados, los Júpiter tonantes ; tienen cien mil soldados



victoriosos, y detras de los cien mil, un millon ; sus cañones, con la mecha encendida, se hallan asestados ; tienen bajo sus talones á la guardia imperial y al grande ejército ; acaban de aniquilar á Napoleon ; y ya no queda más que Cambronne ; nadie hay ya, que pueda protestar sino aquel gusano de la tierra. ¡ El protestará ! Entónces echó mano á una palabra, como se echa mano á una espada. La espuma le vino á la boca y esta espuma es la palabra. En presencia de aquel triunfo prodigioso y mediocre, ante aquella victoria sin victoriosos, aquel desesperado levanta erguido la cabeza ; siente él que sufre la enormidad, pero quiere hacer constar el ningun valor de ella ; y hace más que escupirla encima ; bajo la opresion del número, de la fuerza y de la materia, encuentra en su mente una expresion, el excremento. Lo repetimos, decir esto, hacer esto, hallar esto, es ser el verdadero vencedor.

El espíritu de los grandes dias penetró en aquel hombre desconocido en el instante fatal. Cambronne encontró la palabra de Waterloo como Rouget de l'Isle encontró la Marsellesa, por visitacion del soplo del Eterno. Un efluvio del huracan divino se destaca y viene á pasar al traves de esos hombres ; ellos se estremecen, y el uno canta el canto supremo y el otro lanza el grito terrible. Cambronne no arroja esa palabra de titánico desde solamente á la Europa en nombre del imperio ; esto sería poco, la arroja á la historia de los tiempos pasados en nombre de la revolucion. Al oirla, reconócese desde luégo en Cambronne el alma antigua de los gigantes. Parece que es Danton hablando, ó Kleber rugiendo.

Al oír la palabra de Cambronne, la voz inglesa respondió : ¡ fuego ! las baterías chispearon, la colina tembló, y de todas aquellas bocas de bronce salió un postrer vómito de metralla, espantoso ; una vasta humareda, vagamente blanqueada por la luna que aparecia sobre el horizonte, se

levantó y rodó por la atmósfera, y cuando el humo se disipó, ya nada habia. Aquel resto formidable estaba aniquilado, la guardia habia muerto. Los cuatro muros del reducto viviente yacian en tierra, distinguiéndose apenas acá y allá algun ligero estremecimiento entre los cadáveres. Así fué como las legiones francesas, más grandes que las legiones romanas, espiraron en Mont-Saint-Jean sobre la tierra mojada de lluvia y de sangre, entre los trigos sombríos, en el mismo sitio por donde hoy pasa, á las cuatro de la mañana, silbando y dando alegremente de latigazos á su caballo, José, el que hace el servicio postal de Nivelles.